

FRANCISCO JIMÉNEZ BAUTISTA
TIZIANO TELLESCHI
(Editores)

PENSANDO PARA LA PAZ

AUTORES

JORGE ARZATE SALGADO
ANDREA BARRIENTOS SOTO
PIERLUIGI CONSORTI
DORA ELVIRA GARCÍA-GONZÁLEZ
FRANCISCO JIMÉNEZ BAUTISTA
BERND MARQUARDT
LEONARDO PASQUALI
JOSÉ ÁNGEL RUIZ JIMÉNEZ
MARIELA INÉS SÁNCHEZ CARDONA
MIRIAM SCHETTINI
TIZIANO TELLESCHI
ANTONIO JOSÉ VÉLEZ TORO
MATTEO VILLA

Dykinson, S. L.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970/932720407.

Colección "Paz y Conflictos"

Director: Francisco Jiménez Bautista

Este libro ha sido sometido a evaluación por parte de nuestro Consejo Editorial
Para mayor información, véase www.dykinson.com/quienes_somos

© Copyright by
Los autores
Madrid

Editorial DYKINSON, S.L. Meléndez Valdés, 61 - 28015 Madrid
Teléfono (+34) 91 544 28 46 - (+34) 91 544 28 69
e-mail: info@dykinson.com
<http://www.dykinson.es>
<http://www.dykinson.com>

ISBN: 978-84-1170-469-4
Depósito Legal: M-27225-2023

ISBN electrónico: 978-84-1170-526-4

Maquetación:
german.balaguer@gmail.com

CAPÍTULO VII

LA POSTGUERRA PERPETUA. PROCESOS DE PAZ, CONFLICTOS ACTIVOS Y DESAFÍOS PARA EL FUTURO EN LOS BALKANES

José Ángel Ruiz Jiménez

Universidad de Granada, España

1. INTRODUCCIÓN

La violenta desintegración de Yugoslavia implicó, más allá de las víctimas y destrucción material que trajo consigo, una significativa derrota antropológica, pues aquel país supuso un hermoso experimento de convivencia multinacional que terminó en tragedia. Fue la última caída registrada de un Estado plural que en lugar de crear fuertes lazos de identidad común termina por enfatizar sus diferencias, convirtiéndose en una bomba de relojería, especialmente en cuanto sobreviene una crisis.

Por otra parte, un cuarto de siglo después de que varios acuerdos de paz posibilitaran el fin de las cuatro guerras balcánicas habidas entre 1991 y 1999, las sociedades implicadas continúan viviendo una larga postguerra donde no se han superado muchos de sus conflictos. Este hecho continúa marcando sus dinámicas internas, las relaciones entre los nuevos países ex yugoslavos, y sobre todo las varias cuestiones nacionales sin resolver, destacando la situación de la República Srpska en Bosnia y Herzegovina (BiH) y de Kosovo. Esta situación ilustra perfectamente que, como han demostrado Joshi y Wallensteen, medir simplemente la eficacia de unos acuerdos porque no haya un nuevo conflicto armado no basta para obtener una paz positiva real, pese a los halagüeños de la estabilidad que otorga su firma respecto a la *victoria total* de uno u otro bando. Y es que si bien el 75% de las guerras terminan en acuerdos negociados, esa elevada cifra se debe a que las estadísticas mezclan niveles de éxito tan distintos como los de El Salvador, Ruanda, Camboya, Nepal o los propios Balcanes (Joshi y Wallensteen, 2017, p. 6). Además, pocas sociedades de postguerra civil en las que hay acuerdos de paz han llevado a cabo las disposiciones estipuladas con un compromiso real ni de forma exitosa (Lee *et al.*, 2016).

De este modo, si añadimos a que no haya un nuevo conflicto armado la existencia de soberanía compartida y el que se den las condiciones mínimas de participación política, encontramos que el éxito de los procesos de peacebuilding ha sido considerablemente bajo. De hecho, Doyle y Sambanis (2000) observaron un magro 31% tras analizar las 121 guerras civiles habidas entre 1945 y 1999. Los procesos de DDR también suelen realizarse de forma muy lenta. Además, no es realista asumir que estas sociedades puedan convertirse en democracias plenas inmediatamente después de un conflicto armado, dado que sus transiciones se dan sobre todo en regímenes autoritarios o semidemocráticos. Respecto a los Balcanes, si bien es un espacio de singular diversidad cultural y nacional, existe una cultura de la igualdad –en parte heredera de medio siglo de socialismo y en parte por influencia de las vecinas socialdemocracias del occidente europeo– y menor exclusión social por la fuerza de las relaciones familiares y vecinales, aún hay muy poca cultura y tradición democráticas.

En todo conflicto, la codicia y el agravio suelen ser las grandes motivaciones de fondo. No obstante, para posibilitar y legitimar el enfrentamiento, los bandos necesitan identificarse claramente de sus adversarios, de ahí la importancia de dotarse de una identidad (ideológica, religiosa, étnica, o de otro tipo), que es mucho más visible y capaz de movilizar conciencias que las motivaciones de fondo. En el caso balcánico, las élites tardo y post comunistas supieron movilizar a la población de Yugoslavia bajo criterios de identidad étnica y religiosa para lograr Estados nacionales soberanos. Como el mapa étnico y religioso no se correspondía con el de las repúblicas que formaban el país, la guerra fue básicamente una carrera por reunir a todos los miembros de cada nación en un mismo Estado a la vez que se trataba de obtener la mayor cantidad de territorio posible. El resultado fue que el mapa de Yugoslavia se vio reemplazado por otro consecuencia de limpiezas étnicas que cambiaron el *collage* anterior por Estados mucho más étnicamente homogéneos.

2. LA LARGA Y DIFÍCIL POSTGUERRA EN LOS BALCANES, FRONTERA INTERIOR DE EUROPA

Cualquier turista que visite la región se sorprenderá de lo apacibles que resultan los Balcanes, incluso en los lugares más problemáticos como Mostar o el norte de Kosovo. Sin embargo los traumas de la guerra y los persistentes discursos nacionalistas continúan generando poderosas tensiones soterradas. Ciertamente, los Balcanes son una de las regiones más difíciles de entender del mundo. Por su historia, por su complejidad étnica, por su situación geográfica y por la influencia que los actores globales han tenido y tienen en la configuración de su estructura territorial e institucional, han sido protagonistas, muchas veces involuntarios, de muchos de los eventos internacionales más decisivos de los últimos 150 años. Algunos de ellos son nada menos que el estallido de la Primera Guerra Mundial, la creación del primer

Tribunal Penal Internacional desde los juicios de Nüremberg y Tokio, y la polémica intervención de la OTAN en Kosovo, que supuso un antes y un después tanto para la Alianza Atlántica como para el derecho internacional. Superadas las guerras habidas en la década de los 90, la mayoría de las repúblicas resultantes de Yugoslavia han encontrado tanto su identidad y diseño institucional como su acomodo en forma de Estados con entidad propia dentro del concierto internacional. Así, Eslovenia y Croacia vivieron una corta postguerra y hace tiempo son países estables, razonablemente prósperos y miembros perfectamente integrados en la UE. Macedonia, pese a sus problemas institucionales, prolongada crisis diplomática con Grecia y tensiones entre la comunidad albanesa y la eslava, no sufrió ninguna guerra y ha mantenido un perfil internacional bajo, al igual que Montenegro tras dar por terminada su unión con Serbia en 2005. Por su parte, Serbia ha cargado con el estigma, no siempre justo, de ser el gran responsable tanto del estallido de todas las guerras de los 90 como de sus episodios más atroces. La presión internacional sobre ella en los últimos 30 años ha sido enorme. Los créditos y conversaciones de integración a la UE han estado condicionados a privatizaciones y reformas económicas, a que encontrasen y entregasen a una serie de fugitivos acusados por el Tribunal Penal Internacional para la ex Yugoslavia (TPIY) y a que renunciasen a la soberanía de Kosovo, arrebatada por la fuerza entre la guerrilla del UÇK y las tropas de la OTAN. Tras un largo y doloroso proceso de aislamiento internacional, empobrecimiento gradual y auge de las mafias, Serbia ha encontrado su ansiada estabilidad institucional, una vez que el TPIY al fin cerró sus investigaciones en diciembre de 2017 –dictando su última sentencia en junio de 2021– y que Kosovo se haya convertido más en una reivindicación simbólica que real, pese a que los roces y crisis de relaciones entre Pristina y Belgrado continúen produciéndose con regularidad. De cualquier modo, cabe recordar que Serbia es en la actualidad el país europeo con una diplomacia más abierta e independiente, lo que le permite unas relaciones simultáneas de proximidad únicas tanto con la UE, a la que es el más firme candidato en la próxima ampliación; con Rusia, su gran aliado histórico; con EEUU, normalizadas aunque ensombrecidas por el bombardeo de la OTAN a Serbia y su decisivo apoyo a Kosovo; y con China, llegando el volumen de su creciente colaboración económica, científica, cultural y en materia de seguridad hasta el punto de que el presidente Aleksandar Vučić se refiere en público al presidente Xi Jinping como *mi hermano*. Ciertamente, hay otra Serbia invisibilizada por los prejuicios y la estrechez de miras.

Por otra parte, Kosovo, pese a su problema de pobreza estructural, ha vivido una plácida existencia de estabilidad desde 1999 bajo el sólido gobierno heredero de la guerrilla del UÇK y sobre todo por estar cómodamente instalado bajo el ala protectora de EEUU, algo que no alteró en lo más mínimo su declaración unilateral de independencia en 2008. Sin embargo, aún arrastra el resentimiento de Serbia, que nunca aceptó la secesión; la tensión con los enclaves serbios aislados en su territorio;

y la falta de reconocimiento internacional de casi cien países, entre ellos algunos tan significativos como China, Rusia, India, Brasil, México y España. BiH es el caso más problemático, pues aún no ha encontrado un modelo político y económico sólido, a la vez que las diversas conversaciones de ampliación de la UE lo han dejado atrás *sine die*. Así, BiH sigue arrastrando el lastre que a largo plazo supusieron los acuerdos de paz de Dayton de 1995, los resentimientos interétnicos, el monopolio de los partidos nacionalistas, la extrema precariedad de su economía, la corrupción y la debilidad de una sociedad civil que vive entre la indignación y el aletargamiento. Por todo ello, el país es en la práctica un Estado fallido de futuro incierto. De ser una pequeña Yugoslavia por su diversidad, se encuentra ahora dividida en dos entidades autónomas, la Federación (bosnio-croata) y la República Srpska (RS) (serbia). Por todo ello, el área que comprende a Serbia, BiH, Albania y en menor medida Montenegro y Macedonia, supone una especie de frontera interior de Europa.

Para ofrecer un visión de conjunto respecto a los logros y deficiencias de los procesos de paz habidos en los Balcanes después de las guerras de los 90, lo largo de este texto se describirán y analizarán los mecanismos de verdad, justicia y reparación establecidos, las narrativas predominantes, la situación de la economía y la justicia social y, por último, el impacto del intervencionismo occidental en la región.

3. LOS MECANISMOS PARA EL ESTABLECIMIENTO DE LA VERDAD EN LOS BALCANES

La comunidad internacional logró, mediante los acuerdos de Dayton, el fin de las hostilidades en BiH para después realizar un esfuerzo de reconstrucción post-bélica y peacebuilding sin precedentes. (Ruiz Jiménez, 2010, pp. 163-170) Algo fundamental en la estrategia internacional fue implementar los principios de paz, verdad, justicia y reparación. Para ello, la ONU estableció una serie de mecanismos: un Relator Especial de Derechos Humanos (siendo Tadeusz Mazowiecki nombrado para esa función en agosto de 1992), una Comisión de Expertos para la Investigación de los Crímenes de Guerra, y el TPIY. Con la Comisión de Investigación y el Relator Especial se pretendía asegurar a las víctimas el esclarecimiento de los hechos y el reconocimiento de los crímenes mediante organismos imparciales y legítimos, siguiendo la estela de experiencias latinoamericanas anteriores como el informe NUNCA MÁS elaborado bajo la supervisión de Ernesto Sábato en Argentina (1983-1984) y las Comisiones de la Verdad de El Salvador (1993).

Sin embargo, las autoridades políticas boicotearon desde el principio la iniciativa, negándoles los fondos necesarios y obstaculizando su labor. El principal argumento –no oficial– para justificar el rechazo al trabajo de la Comisión era que hacer referencia a las atrocidades del pasado impediría la estabilidad y el progresivo establecimiento

de la concordia y la reconciliación en BiH, objetivos que, por tanto, se juzgaron incompatibles con los de verdad y justicia, siendo éste uno de los puntos más complejos en los debates sobre justicia transicional. De cualquier modo, se contradijo el espíritu que debía presidir la intervención de la comunidad internacional, que afirmaba que no podía haber paz sin verdad y justicia. Además, subyacía la desconfianza de la clase política hacia los miembros de la Comisión, pues los expertos en derechos humanos, comprometidos e independientes, eran difícilmente manipulables en beneficio propio por las autoridades (locales e internacionales) implicadas. Así, Mazowiecki no tardó en dimitir ante las imposibles condiciones de trabajo que debía afrontar, empezando por la falta de apoyo político, financiación, coordinación y cooperación de los organismos de la ONU. Sus sucesores en el cargo, Elisabeth Rehn (ex Ministra de Defensa de Finlandia), y Jiri Dientsbier (ex Ministro de Asuntos Exteriores de Checoslovaquia) afrontaron las mismas dificultades (Nowak, 2000). Así, los resultados obtenidos del trabajo tanto del Relator como de la Comisión terminaron por ser insignificantes, quedando muy lejos de cumplir sus objetivos principales de memoria y justicia.

Por otra parte, las erráticas políticas institucionales de BiH, Croacia, Kosovo y Serbia, perpetúan el nacionalismo y sobredimensionan la amenaza del otro para asegurar su continuidad en el poder. La comunidad internacional se ha visto incapaz de motivar cambios sustanciales al respecto, siendo las mayores contribuciones hacia la reconciliación interétnica y la verdad obra de la sociedad civil. Frente a los esfuerzos oficiales por la reconciliación intraétnica, que busca cerrar filas, superar *cleavages* y aumentar la conciencia de grupo dentro de cada etnia (Ruiz Jiménez, 2010, pp. 105-117), encontramos una serie de valientes proyectos que, a menudo enfrentados a la voluntad de las autoridades, con la escasez de medios y los obstáculos que ello implica, trabajan incansablemente por afrontar el pasado de la región desde una perspectiva inclusiva entre todos los que fueron parte de los conflictos. Persiguen así potenciar un conocimiento del pasado que rompa los arraigados discursos nacionalistas para hacer posible una dura, pero necesaria reconciliación interétnica (Baquero Díaz, 2023). Se trata de iniciativas como las del Humanitarian Law Center (HLC), que trabaja simultáneamente en Zagreb, Sarajevo, Banja Luka, Ljubljana, Pristina, Skopje y Podgorica. El HLC ha realizado un trabajo de valor incalculable para denunciar visiones históricas torticeras y otorgar el mismo respeto a todas las víctimas, aún a riesgo de ser tachados de antipatriotas o de estar al servicio de los países contra quienes se combatió, cuando no abiertamente de traidores. En el caso particular de Serbia, trabajar por los derechos humanos es una labor ingrata, que quienes la ejercen incluso lo ocultan en público. Y es que en ese país el término *derechos humanos* quedó enormemente desacreditado y percibido como instrumento de las naciones occidentales más poderosas para desacreditar a Serbia. En junio de 2018, tras una década de trabajo, e implicando a ONGs de toda la antigua Yugoslavia, el HLC logró enviar a los parlamentos de los siete países ex yugoslavos un manifiesto en el que exigía el deshielo de las relaciones intrarregionales

mediante el denominado proyecto RECOM. El texto también denunciaba la marginalización de las víctimas de guerra, el que sus voces apenas se escucharan en público, y el que el número de muertos se manipulara constantemente por razones políticas. Legitimado por más de dos millones de firmas, mostraba el apoyo ciudadano a los avances ya realizados por el proyecto y exigía el establecimiento de una comisión de la verdad común a todos los países implicados (Huet, 2018).

Mujeres de Negro, iniciativa nacida en Belgrado, es el otro colectivo que más ha trabajado por concienciar a la población y exigir a la clase política acerca del reconocimiento de los crímenes y el respeto a las víctimas de todos los bandos, rompiendo la consolidada línea oficial nacionalista. Sus llamativas actividades en espacios públicos, tratando de abrir los ojos a la población sobre verdades incómodas acerca del pasado reciente en Croacia, BiH y Kosovo, fueron todo un shock para el ciudadano medio. Y es que, por una parte, transmitían un mensaje tabú sobre el que los gobiernos habían sabido instaurar un tácito pacto de silencio. Por ello, sus actos generaban una reacción de rechazo casi refleja. Por otra parte, el que las Mujeres de Negro fueran señoras de cierta edad producía sorpresa y un cierto halo de formalidad y respeto. Pese a tener apoyos limitados, ser incomprendidas, invisibilizadas en los medios, increpadas, despreciadas y desacreditadas, su tenacidad y valores han terminado por otorgarles en estatus especial de reconocimiento y admiración tanto dentro como fuera de los Balcanes.

Otro valioso ejemplo de cómo la sociedad civil ha sabido mantener encendida la llama de la conciencia crítica frente a los silencios y manipulaciones gubernamentales es Documenta, Centro para Afrontar el Pasado. Establecido en Croacia, es producto del esfuerzo combinado del Centro por la Paz, la NoViolencia y los Derechos Humanos de Osijek; el Centro de Estudios de la Paz; el Comité Ciudadano por los Derechos y el Comité Helsinki de Croacia. Desafiando la retórica nacionalista impuesta en Croacia desde la década de los 80 del siglo XX, orienta sus esfuerzos por superar los interminables debates acerca de la naturaleza de los hechos (siendo siempre el número de muertos lo más discutido) para priorizar el diálogo sobre los motivos que hay detrás de las interpretaciones de esos hechos. Además, visibilizan y dignifican la memoria de personajes muy distintos a los héroes militares tan del gusto de los gobiernos locales y de la cultura popular balcánica. Se trata de casos como el de Josip Reihl-Kir, jefe de la policía de Osijek, que supo mantener la paz entre el colectivo serbio y croata de la ciudad hasta su asesinato por parte de nacionalistas croatas que lo consideraban un obstáculo para sus fines; o de Srdjan Aleksić, militar serbobosnio de Trebinje que murió en 1993 al enfrentarse a sus compañeros, quienes estaban torturando a un prisionero bosniaco al que trató de proteger en el momento de mayor odio interétnico de la guerra (Ruiz Jiménez, 2022)¹.

¹ Hay una placa en su honor en Sarajevo que dice “Sin personas como Srdjan Aleksić y sus heroicas acciones, perderíamos nuestra esperanza en la humanidad, y sin ella nuestra vida no tendría sentido”.

4. JUSTICIA: EL TRIBUNAL PENAL INTERNACIONAL PARA LA EX YUGOSLAVIA

Pese a los pobres resultados de las comisiones de la verdad para la ex Yugoslavia, los juicios por crímenes de guerra han contribuido a transformar los impulsos de venganza en investigaciones para esclarecer hechos e impartir justicia mediante castigos controlados por el Estado o la comunidad internacional. De cualquier modo, la realidad de este tipo de procesos, como ha quedado demostrado en países como Ruanda, Argentina, Camboya y Chile, además de en la propia ex Yugoslavia, muestra que su valor es más simbólico que de aplicación rigurosa del derecho penal. Y es que, por una parte, los procesos frecuentemente alcanzan sólo a un pequeño porcentaje de los implicados en graves hechos de violencia colectiva y los veredictos dan la impresión de crear chivos expiatorios. Por otra parte, sancionar la ausencia de procesos judiciales implicaría una amnistía sin debate ni aprobación públicos, creando una situación rayana en la impunidad aún menos deseable. Además, en el caso de los tribunales internacionales, de los que el TPIY fue pionero, su éxito depende en gran medida de sus recursos materiales y presupuestarios, así como de la cooperación con otros centros de poder encargados de realizar investigaciones y arrestos, que se hallan fuera de su control.

El caso de los países ex yugoslavos ejemplifica perfectamente la compleja yuxtaposición entre la retórica que justifica y hace posibles este tipo de tribunales, y las discusiones, intereses y contextos políticos que los rodean. El juez Antonio Cassese, primer presidente de la Cámara de Apelaciones del TPIY, describió cómo aquellos que establecieron el Tribunal nunca tuvieron intención de que sirviera de nada. Sin embargo, los jueces designados y la dedicación del personal hicieron posible la existencia de reglas procedimentales incluso en ausencia de salas adecuadas, abogados defensores y tradición de respuestas contra la impunidad de este tipo de delitos. (Minow, 1998, p. 23) De este modo, los responsables del Tribunal lo convirtieron en una realidad mucho más influyente de lo que sus fundadores habían esperado –y, según todos los indicios, deseado–. Desde entonces, en paralelo a lo que sucedió con las condenas ejemplares de Ruanda –con todas sus carencias, que no vienen ahora al caso–, sociedad civil, legalistas y periodistas han considerado que los tribunales hacen justicia, contribuyen decisivamente a esclarecer la verdad, y responden mejor que los simples informes de las comisiones de la verdad a la demanda social de instrumentos de prestigio y confianza. Esa exigencia viene no sólo de las víctimas, sino también del grupo social en cuyo nombre se cometieron las atrocidades, que no desea ser estigmatizado como colectivo.

Por otra parte, el juez Cassese considera que si la prensa reflejara debidamente el trabajo del Tribunal, las maquinarias de difusión e instigación de la violencia podrían compensarse y los principios del Estado de Derecho podrían extenderse. Si bien tal

difusión es tecnológica y económicamente factible, el filtro de la interpretación de los líderes locales termina por dar una imagen distorsionada de los hechos. Así, las esperanzas de verdad y contra-distorsión que pudo haber supuesto la presencia de un solo medio genuinamente independiente y prestigioso en la ex Yugoslavia podría haber sido de gran ayuda al trabajo del Tribunal, pero tal medio no existió (Minow, 1998, p. 24). Así, el TPIY se vio enfrentado a la continua demonización fomentada por quienes aún tienen el poder político en los países implicados y por quienes han ejercido un control casi absoluto sobre la prensa escrita, la radio y la televisión locales. A ellos cabe añadir lo relativamente remoto y aislado de la zona respecto a informaciones e interpretaciones alternativas a las locales, entre otras razones, por la lengua. Se trata de una cuestión de enorme relevancia, pues los medios de comunicación nativos tienen una exitosa trayectoria de crear opiniones públicas descaradamente al gusto de sus dirigentes políticos. Ejemplos de lo anterior son el duro trabajo de la Fundación Soros en Sarajevo tratando de “reciclar” a periodistas acostumbrados a adoctrinar, más que a informar, o hechos como la sorpresa que causó en Serbia el pase en TV del denominado *video del escorpión* en 2007, donde militares serbobosnios asesinaban a sangre fría a civiles desarmados en Srebrenica, algo que era de conocimiento público en todo el mundo salvo allí. De este modo, se demostró una vez más el éxito de los medios de comunicación locales para manipular a muchos de sus ciudadanos, pues habían logrado convencerles durante una década de que aquellos hechos eran propaganda antiserbia por parte de los bosnios musulmanes y los occidentales. Pese a que en la actualidad el escenario mediático ha cambiado con la popularización de Internet y de plataformas como Youtube, el peso de influencia que van dejando este tipo de informaciones en el imaginario colectivo es fundamental en la formación de la memoria histórica de un pueblo, y debido a las indeseables consecuencias que pueden derivarse de ellas, conviene prestarles gran atención desde sus raíces.

En definitiva, el TPIY ha sido el único instrumento que ha tenido posibilidades de ofrecer resultados. Visto en perspectiva, podemos decir que el TPIY ha marcado un antes y un después en el Derecho Internacional, abriendo enormes posibilidades. Y es que el proyecto de procesar internacionalmente a individuos responsables de crímenes de guerra estaba congelado desde los juicios de Núremberg y Tokio de 1945-46. Recordemos que cuando la ONU creó el TPIY en 1993 no contaba con salas, con normativa, y ni siquiera con togas. No obstante, el TPIY se convirtió en el catalizador que finalmente hizo posible la creación de una normativa universal al respecto, el Estatuto de Roma de 1998, y de un organismo capaz de implementarlo, el Tribunal Penal Internacional (TPI), en funcionamiento desde 2002. Además, la instauración del TPI hizo que líderes políticos y militares de todo el mundo supieran que ya no existe la impunidad de antaño, así como que la opinión pública tuviera la expectativa de que los criminales fueran procesados.

Por otra parte, es importante admitir que la labor del TPIY, más allá de sus bien-intencionados propósitos, ha sido una oportunidad perdida de contribuir mediante el valor ejemplarizante de la verdad y la justicia a la pacificación y convivencia de la región.

En primer lugar, su lentitud ha contribuido a perpetuar las violencias de los 90 como tema de actualidad, manteniendo la identificación de los Balcanes con guerras, limpiezas étnicas y genocidios entre 1993 y 2021, año de la última sentencia dictada por el tribunal. En segundo lugar, las condenas de sus ciudadanos se han instrumentalizado en cada país para reforzar los discursos nacionalistas que enfatizan las violencias y agravios sufridos, algo que los gobiernos balcánicos siguen explotando exitosamente en su propio beneficio. En tercer lugar, al victimismo de todas las partes cabe añadir algo incluso más grave: el pertinaz negacionismo de la tragedia ajena y de la responsabilidad propia que comparten todas las naciones implicadas, algo que es el principal lastre para normalizar de una vez su convivencia (Ruiz Jiménez, 2021). El Tribunal también ha resultado una influencia negativa debido a su lentitud, pues el que los procesos se prolongaran por un cuarto de siglo supuso un permanente recordatorio de las violencias de los años 90, lo que ha impedido pasar página en los Balcanes, a la vez que lo polémico de varias sentencias o de la falta de ellas ha beneficiado el discurso victimista de los diferentes proyectos nacionalistas. De hecho, el TPIY terminó siendo percibido en toda la región no como medio de verdad, justicia y reparación, sino como un garrote con el que las potencias estigmatizan y castigan a sus pequeños países instrumentalizando para ello los derechos humanos.

Por último, el TPIY ha evidenciado que la justicia no genera por sí sola la reconciliación y la convivencia, sino que por el contrario a veces contribuye a enquistar tensiones. Los desafíos más inmediatos a este respecto son enriquecer la acción de la justicia con iniciativas de verdad y memoria, como la próxima apertura del centro de documentación del TPIY, protegerla de interferencias políticas, y más aún, integrar a los países que aún no reconocen el TPI, entre los que destacan países tan importantes en política global como EEUU, China, Rusia, India e Israel.

5. REPARACIÓN: UNA ASIGNATURA PENDIENTE

Los Balcanes sufrieron la que fue en su momento la mayor crisis de desplazados y refugiados en Europa desde la Segunda Guerra Mundial, solo superada por la de Ucrania entre febrero y abril de 2022. En el caso que nos ocupa, casi 4 millones de personas, de una población inferior a 30 millones, se vieron afectadas por limpiezas étnicas o por toda suerte de circunstancias extremas imaginables entre 1991 y 1999. Pese al mucho tiempo transcurrido desde el fin de las guerras, la vulnerabilidad de este colectivo se ha combinado con unas autoridades negligentes y descuidadas,

cuando no tratan de sacar réditos propagandísticos a costa de las víctimas. Indudablemente, la falta de soluciones al problema de los refugiados puede suponer uno de los grandes descréditos de un proceso de paz.

Según datos oficiales, de los 2,2 millones de personas que abandonaron BiH durante la guerra de 1992-95, han regresado 1.025.011. La gran mayoría, el 7%, regresó a la Federación, la entidad dominada por bosnios y croatas del país. Alrededor del 26% regresó a la RS, la entidad dominada por los serbios, y el 2% al distrito de Brčko. Durante el proceso, 327,000 casas han sido reconstruidas o renovadas. Sin embargo, alrededor de 3.000 de estas casas aún no tienen electricidad, y 10.657 personas desplazadas o repatriados no tienen ningún seguro de salud. La Unión para el Retorno Sostenible y la Integración también señaló que el 2,3% del país todavía está contaminado con minas terrestres. Además, los últimos datos al respecto indicaron que 100.000 desplazados viven en “centros colectivos temporales” de BiH en condiciones de extrema pobreza, pese a que existe un Ministerio para los Refugiados (Đzidić, 2016 y Lakić, 2017). Mientras, en Serbia, cientos de familias desplazadas continúan sin hogar, y el Estado continúa realojándolos con cuentagotas (Dragoilo, 2016). Otra cuestión sin resolver del todo es la de los desaparecidos, que aún se cuentan por miles, siendo el descubrimiento de nuevos cadáveres un tema aún de actualidad. Por ejemplo, el Ministerio para los Veteranos de Guerra de Croacia encontró el 3 de junio de 2018 una fosa común con los restos de 20 serbios asesinados en 1995 durante la limpieza étnica llevada a cabo en las regiones de Krajina (Operación Oluja) y Eslavonia Oriental (Operación Flash). El 11 de junio del mismo año, el Instituto para los Desaparecidos de BiH informó de la exhumación de cinco cadáveres en la localidad de Trnovo, también víctimas de las guerras de los 90. Además, llama la atención que en BiH exista una gran polémica alrededor de la creación de una lista actualizada de desaparecidos durante la guerra, pues la entidad serbia del país exige que se incluya su identidad étnica.

Otra cuestión fundamental a resolver en un escenario de peacebuilding son las cuestiones específicas de género. El que su manejo haya sido tan deficiente en los Balcanes ha originado que innumerables traumas e injusticias hayan quedado en el limbo, siendo éste precisamente uno de los factores que contribuyen a que la paz continúe siendo un proceso inacabado y lleno de heridas abiertas. Por ejemplo, las supervivientes de violaciones en Kosovo han estado batallando por obtener un estatus de reconocimiento oficial por casi dos décadas, pero desde que finalmente se abrió el proceso de verificación, muchas no perciben garantías suficientes y temen un nuevo trauma, así como ser estigmatizadas y víctimas de ostracismo tantos años después (Haxhiaj, 2018). Otro caso flagrante es el de BiH, donde el Estado ha sido incapaz de satisfacer unos mínimos estándares de justicia, no habiendo tomado aún medidas legislativas para las miles de mujeres violadas entre 1992 y 1995, mientras que en los pocos casos en que se han aprobado compensaciones económicas a las

víctimas tras interminables procedimientos, éstas no han recibido el dinero. (Amnistía Internacional, 2017 y Rose, 2017).

6. NARRATIVAS, LA CLAVE DE BÓVEDA PARA LA PAZ

La céntrica calle Dobrovoljačka de Sarajevo presenta una curiosa estampa cada 3 de mayo. A un lado, los boinas verdes musulmanes del ejército bosniaco llevan a cabo una ceremonia de homenaje a los ocho soldados que murieron en esa misma fecha en 1992, frente a la placa instalada para honrar su recuerdo. En el otro lado, y rivalizando claramente con los anteriores, militares serbobosnios y sus familias rinden tributo a los caídos de su bando en el mismo enfrentamiento. El ambiente se puede cortar con un cuchillo y se teme que la más mínima provocación haga estallar disturbios en cualquier momento.

Pese a la firma de acuerdos de paz en 1995, ejemplos como el anterior nos muestra la importancia de las narrativas que perduran acerca del conflicto. El hecho de que no exista un relato común del pasado entre las distintas identidades que comparten el mismo país, contribuye enormemente a perpetuar la división, el resentimiento y la desconfianza. La presencia de narrativas enfrentadas es una auténtica bomba de relojería, un terreno perfectamente abonado para el estallido de futuros enfrentamientos, como ya demostró su popularización a finales de los años 80 y a principios de los 90 del siglo XX (Ruiz Jiménez, 2016, pp. 50-79). Siempre existe la tentación de tratar de imponer una sola verdad oficial en la que la versión de unos desacredita y anula la de otros, obligando a un silencio soterrado que la historia demuestra que no es más que un paréntesis que garantiza perpetuar la división nacional, como sucedió en la Yugoslavia socialista o en la España franquista. Sus interpretaciones impuestas y excluyentes de la historia llevaron a la eclosión de historias alternativas que hoy constituyen un problema de primer orden en los Balcanes, mientras que en el caso del país ibérico ha causado que se siga hablando de *las dos Españas*, expresión característica de los años 30 del siglo XX –justo cuando se impuso una historia partidista oficial– que nunca se ha superado del todo. Al ser el pasado un asunto tan sensible, puede tratar de camuflarse, de simplificarse o incluso de olvidarse, para sumirnos así en el presentismo ahistórico contra el que tan sabiamente nos previno Eric Howbsbawn (1995, p. 10). Esta solución amnésica supone dejar a la ciudadanía en una situación de gran vulnerabilidad, fácilmente explotable por los sofistas a quienes tanto temía Platón, populistas que pueden instrumentalizar fácilmente a las masas, sobre todo en momentos de crisis en los que a la ignorancia se une la indignación, cuando no la agresividad. La receta es simple, pero difícil. Se trata de que sistemas educativos, medios de comunicación y partidos políticos tengan la valentía de promocionar una visión del pasado que incluya todas las narrativas y sus lógicas. Ello supone, naturalmente, aceptar episodios a menudo ignominiosos

llevados a cabo en nombre de la identidad ideológica o nacional propia. A cambio, se obtiene una interpretación más honesta y completa del pasado, que es un medio muy poderoso de prevenir su manipulación e instrumentalización en beneficio de intereses partidistas. Un valioso ejemplo a seguir en este sentido es Alemania, país que se vio forzado durante y después de la ocupación de los Aliados a confrontar el pasado nazi. A largo plazo, en lugar de justificarlo o silenciarlo, el que lo mirase a la cara y lo reconociese en toda su extensión fue una experiencia dura e incómoda que, sin embargo, a largo plazo, le ha permitido evitar enfrentamientos internos y recuperar tanto la autoestima como el respeto de la comunidad internacional. En los Balcanes, la existencia de narrativas paralelas y enfrentadas ha sido una forma de perpetuar el enfrentamiento, pese a que se hayan silenciado los fusiles. (Ruiz Jiménez, 2013; Karić, Mihić y Ruiz Jiménez, 2018).

Ciertamente, han existido iniciativas de conciliación muy valiosas y simbólicas, como cuando en 2010 el primer ministro serbio Boris Tadić y el presidente croata Ivo Josipović realizaron una gira en la que, además de volver a Srebrenica, honraron a las víctimas croatas en el pueblo de Ovčara, cerca de Vukovar, y luego hicieron lo mismo con los civiles serbios muertos en Paulin Dvor. Aquel mismo año tuvo lugar un hecho aún más significativo: la declaración que reconocía la responsabilidad serbia en Srebrenica. El texto fue adoptado el 31 de marzo de 2010 por 127 diputados del parlamento serbio, uno más de los requeridos. La histórica declaración reconocía los crímenes y apelaba a los demás estados ex yugoslavos a reconocer los suyos contra los serbios en base a la igualdad de las nacionalidades y el respeto a los derechos humanos y de las minorías (Fischer y Petrović-Ziemer, 2013). No obstante, estos gestos no bastan, puesto que el sistema educativo, los partidos políticos nacionalistas, las historias familiares y los medios perpetúan el rechazo mutuo. De hecho, un simple vistazo a la prensa serbia, bosnia, kosovar y croata muestran que los agrios debates y las noticias acerca de los conflictos habidos entre 1941 y 1999 siguen muy presentes en sus portadas y contenidos.

Una de las cuestiones más fascinantes y a la vez desoladoras de aquellas guerras balcánicas fue el que un país multiétnico cuyo lema era *hermandad y unidad*, en cuyos pueblos de BiH convivían serbios, croatas, musulmanes y judíos no ya con tolerancia, sino con un respeto mutuo del que todos se enorgullecían, se hundiera en semejante baño de sangre. Yugoslavia, con todos sus problemas, vivió entre los años 50 y los 80 el período más próspero de su historia en cuanto a calidad de vida, educación, sanidad, empleo, estabilidad y reconocimiento institucional de sus distintas naciones bajo la identidad común y superior yugoslava y socialista. Como explicaba el legendario baloncestista Zoran Moka Slavnić en las páginas de *Jot Down* (Corazón y Arsić, 2017, p. 11), Yugoslavia era un país bonito para vivir y para ver. Lamentablemente, la generación que creció en esos años y que pudo dejar atrás definitivamente tanto los rencores de la ya remota ocupación turca, como los

duros enfrentamientos internos que caracterizaron la monarquía impuesta entre 1918 y 1942 y la Segunda Guerra Mundial, fue víctima del efecto combinado de la crisis del comunismo y sobre todo del nacionalismo. Los líderes políticos se comportaron como oportunistas cuya principal meta consistía en obtener las mejores ventajas de la descomposición del país. Y es que el proceso fue también una fuente de oportunidades de obtener poder o de acrecentar el que tuvieran, así como para realizar negocios de lo más oscuro. Para ello, revivieron y explotaron a fondo los agravios históricos, la demonización del vecino y la victimización propia. De hecho, esta política tuvo el efecto de una *profecía autocumplida*, pues rescatar prejuicios y rencores e inundar discursos y medios de comunicación con ellos dio lugar a episodios de violencia mucho peores que los del pasado. Aquellas elites pasaron de las palabras a calculadas expulsiones y asesinatos, que hicieron que la espiral de barbarie tomara inercia propia y desembocara en limpiezas étnicas, campos de concentración, torturas y violaciones masivas, además de a la destrucción de patrimonio cultural y religioso. Se trataba con ello de establecer el control político de un territorio mediante la limpieza étnica de los miembros de naciones ajenas y la movilización de una identidad excluyente como base para reclamar el poder y ganar elecciones. La ciudadanía fue un mero instrumento en el que unos se embarcaron en la causa nacionalista porque la vieron como la gran fuente de promoción personal tras la segura caída del comunismo, mientras otros se dejaron cautivar por los estudiados mensajes que hablaban de patriotismo y libertad en respuesta a los agravios que se hacía sufrir a la nación. Sin embargo, la mayoría, que había vivido distraídamente, confiaba en que ni las riñas entre políticos de los que incluso hacían chistes, ni los discursos de los intelectuales que reescribían la historia, ni el que los medios fomentaran la división tenían al fin y al cabo tanta importancia. Su relajamiento y la ausencia de una sociedad civil fuerte les hizo verse en medio de un torbellino de violencia que ni esperaban ni entendían, pero que era real y ante el que había que posicionarse. De este modo, así fuera por miedo, por defensa propia o por venganza, ya no quedaron más opciones a la gente de a pie que matar, morir o huir.

Actualmente, en cada país se enseña Historia de modo que el vecino aparece como agresor y la nación propia como víctima, perpetuando así los recelos mutuos y envenenando las relaciones entre los Estados de la región (Gjinovci, 2016). El asunto es aún más grave dentro de BiH, donde conviven tres identidades nacionales distintas, no existe un programa y unos contenidos de Historia comunes en todo el Estado, y se educa en visiones nacionalistas enfrentadas que van pasando de generación en generación (Džidić, 2015). De hecho, como en el caso de Mostar, niños de la misma ciudad estudian en el mismo edificio, pero separados según su identidad nacional, recibiendo una visión del pasado y leyendo unos libros totalmente distintos.

Una de las manifestaciones más llamativas y ponzoñosas para la convivencia es la proliferación de nuevos monumentos, así como la instrumentalización de los ya

existentes. Los Gobiernos centrales a menudo no saben qué se ha construido, donde se ha hecho, ni cuánto ha costado –no sólo en lo financiero, que se estima en billones de euros, sino en cuanto a refuerzo de la división étnica que originó las guerras–. Se trata de monumentos que conmemoran héroes caídos o aliados extranjeros a menudo considerados criminales de guerra por sus vecinos. Muy pocos pretenden promover la reconciliación o una lectura interétnica incluyente de la paz. Por el contrario, lo frecuente es que potencien una visión selectiva y divisiva de la historia reciente. Estos monumentos exacerbaban las tensiones identitarias hasta el punto de que a veces son físicamente vandalizadas, cuando no dan pie a movilizaciones de indignación y protesta. Es el caso del monumento a la Armija bosniaca en Mostar (BiH); a los serbokosovares caídos en Grackë (Kosovo) en 1999 (Morina, 2016); a los civiles serbocroatas masacrados en Golubić en 1995 (en la entonces Srpska Krajina, Croacia) (Pavelić, 2013a) o a los croatas hallados en una fosa común de Vukovar (Croacia) en 1995 (Pavelić, 2013b).

La ausencia de regulaciones estatales, combinada con una incesante y caótica construcción de monumentos caprichosamente ignorada por las autoridades locales y regionales, es particularmente llamativa en BiH y Kosovo. Ninguno de sus Gobiernos centrales dispone de un listado de los erigidos desde el final de las guerras, algo que ni siquiera poseen los municipios. Si bien muchos se construyen sin los permisos teóricamente necesarios, dependiendo del grupo étnico que controle cada localidad, las solicitudes se aprueban o rechazan dependiendo de la identidad e ideología de quien los solicite, exacerbando aún más las tensiones y convirtiendo la cuestión de los memoriales en un auténtico campo de batalla político. (Brkanić, 2016) Ciertamente, la desordenada proliferación de monumentos ofrece interpretaciones de la historia reciente selectivas y casi siempre hirientes, cuando no políticamente incendiarias, pues a menudo glorifican lo que para muchos suponen limpiezas étnicas y masacres, pisoteando así la dignidad de las víctimas. El mayor problema al respecto es que tales monumentos se construyen en un contexto sociopolítico que fomenta la división, de modo que su objetivo es a menudo culpar al otro y resaltar la victimización propia en el presente (Jukić et al., 2013). En otras ocasiones, lo que se hace es ignorar y sumir en el abandono y la ruina a monumentos preexistentes, así sean obras de arte consideradas oficialmente patrimonio nacional, caso del maravilloso cementerio memorial a los partisanos de Mostar, obra del célebre arquitecto Bogdan Bogdanović. Las autoridades municipales, en manos del nacionalismo croata, contemplan con gusto cómo se vandaliza, pintarrajea, quema, ensucia y deteriora, mientras en las aulas universitarias en que se imparte Historia del arte, que se hallan a unos 100 metros, jamás se menciona un monumento que pueden ver desde sus ventanas. La iglesia católica local, cuyo obispado se encuentra casualmente a continuación, también observa con gusto el deterioro de lo que considera un símbolo del comunismo, que despojó del poder al gobierno fascista, pero

también ultracatólico que se anexionó Mostar y sus regiones aledañas entre 1941 y 1945. Voluntarios de toda la antigua Yugoslavia adecentaron el memorial en 2011, si bien ninguna institución se cuidó de su mantenimiento, llegando su degradación a límites insospechados, incluyendo el destrozo sistemático de las lápidas con los nombres de los caídos. En mayo de 2018, una nueva iniciativa financiada por la UE devolvió al monumento gran parte de su estado original. Por cierto, resultó cuanto menos llamativo que las mismas autoridades locales tan responsables de la destrucción del monumento, aparecieran sonrientes en todas las fotos de su reapertura, junto a los representantes y la bandera de la UE. Tras aquella nueva restauración, el Memorial volvió a ser descuidado por las autoridades y vandalizado por activistas de extrema derecha, viéndose una vez más en un estado lamentable.

Una polémica similar rodea los nombres que se otorgan a las calles, avenidas y parques. Por ejemplo, en Croacia han prácticamente desaparecido las referencias de personajes y hechos notables de la lucha antifascista y la época socialista, siendo reemplazados por los de reyes medievales o destacados oficiales *ustasha*² (Toe, 2016).

La ausencia de referentes locales aceptados por toda la comunidad ha dado lugar a curiosidades como el que puedan encontrarse en los Balcanes estatuas tan sorprendentes como las dedicadas Bob Marley (Serbia), Bruce Lee (BiH), Rocky Balboa (Eslovenia), George Bush (Albania) o Bill Clinton (Kosovo).

Por otra parte, la pervivencia de estas narrativas y la subsiguiente continuidad de la identificación de BiH en particular con la guerra, ha perpetuado que incluso los turistas que visitan Sarajevo suelen estar mucho más interesados en el *tour por la memoria de las atrocidades* habidas en la capital bosnia que en la gastronomía, la arquitectura o el hermoso entorno natural del lugar. La ciudad parece deleitarse y retroalimentar esa curiosidad, si bien siempre desde el punto de vista bosniaco musulmán: en la Vijećnica, la icónica biblioteca local, restaurada en 2007, una placa recuerda como fue destruida por “los criminales serbios”; en el suburbio sarajevita de Hadžići existe desde julio de 2014 el Monumento a los mártires, bloque de piedra macizo acompañado de una pantalla LED de 2×2 metros, que durante las 24 horas del día muestra imágenes de los combatientes caídos sólo por el bando bosniaco en el municipio; desde 1995 puede visitarse la Exhibición sobre Srebrenica, que casi como en el circo, promete en su cartelera *atracciones* como el muro de los desaparecidos, la sala de los retratos o la biblioteca audiovisual del genocidio; en 2016 abrió sus puertas el Museo de los crímenes contra la humanidad y el genocidio, que con similar sensacionalismo ofrece a los visitantes videos, simulaciones y exhibiciones sobre fosas comunes, campos de concentración, crímenes contra la infancia y el genocidio de Srebre-

² Organización croata basada en el catolicismo y en el nacionalismo. Fundada por Ante Pavelić en 1929, su finalidad era la independencia y la formación de un Estado croata independiente de Yugoslavia, lo que lograron entre 1941 y 1945 en estrecha alianza con el III Reich.

nica; en 2017 se abrió el Museo de la Infancia durante la Guerra bajo parámetros similares. Siguiendo esa estela, también en 2017 se inauguró el Museo de la guerra y el genocidio en Mostar.

Resulta tan igualmente llamativo como lamentable el que la visión nacionalista y excluyente de la memoria y las tragedias ajenas en discursos políticos, monumentos, museos, medios de comunicación y sistemas educativos se repita con distintos protagonistas en las regiones de BiH donde serbios o croatas son mayoría. De este modo, en la misma BiH, pero en la RS, en los memoriales solo aparecen los nombres de las víctimas y caídos en combate del bando serbio, mientras el Museo de Historia Nacional de Banja Luka, cambia por completo los papeles de víctimas y victimarios respecto a Sarajevo. Allí sólo se contempla la historia serbia y los episodios en que fueron víctimas tanto de bosnios como de croatas-, con exhibiciones en las que nunca aparecen Srebrenica o el asedio a Sarajevo, sino el campo de exterminio de serbios de Jasenovac (1941-44). Mientras, las publicaciones que producen y distribuyen tanto el gobierno como los historiadores de la RS son del corte *Declaración del Genocidio cometido contra los serbios, judíos y roma por el Estado Independiente de Croacia durante la Segunda Guerra Mundial* (2011) o, respecto a las guerras de los 90, libros bilingües como *Historia del Ejército de la República Srpska*, que describe como idealista y heroico durante lo que presenta como una guerra defensivo-patriótica por parte de la RS entre 1992 y 1995 (2012). Así, lo que en Sarajevo se denominan crímenes contra la humanidad y genocidio, en esta obra se describe como “misión histórica de digna defensa de la tierra serbia (...) que merece el mayor reconocimiento” (p. 15). Por su parte, en una cuanto menos desafortunada coincidencia, Croacia denomina Guerra Patriótica a las operaciones de limpieza étnica de serbios llevadas a cabo en 1995 en Krajina y Eslavonia Oriental, que celebra anualmente con entusiasmo como Día de la Victoria. Al mismo tiempo, minimiza los hechos de Jasenovac, pero llora aquellos episodios de la Segunda Guerra Mundial, como Bleiburg, en que se presentan como víctimas de la Yugoslavia comunista que para ellos representa a Serbia (Ruiz Jiménez, 2013, p. 139; Pavlakovic, Brentin, Paukovic y Brentin, 2018).

Así, como comentábamos al principio de este apartado, los mismos hechos que se celebran por parte de unos, son motivo de duelo para otros, lo cual alcanza incluso problemas de orden público cuando estos eventos de significado opuesto tienen lugar en la misma ciudad, a veces en las misma plaza o calle. En estos casos, las autoridades suelen optar por que se celebre sólo aquello que interesa a sus intereses políticos, tanto por su efecto propagandístico como porque, efectivamente, suponen un riesgo para la seguridad, algo que denuncian las minorías étnicas de lugares como Sarajevo, Tuzla, Visegrado o Mostar (Jukić, 2012; Ristić, Nikolić y Milekić (2015); Lakić, 2018).

7. ECONOMÍA Y JUSTICIA SOCIAL

Si bien en el 72% de los 125 casos estudiados por Joshi (2010: 841-842) entre 1946 y 2005 hubo un proceso de transición a la democracia al finalizar un conflicto armado, aquélla se asocia frecuentemente a un concepto de democracia y *peacebuilding* liberales, lo que implica un compromiso formal con los derechos humanos, pero también una escasa atención a su dimensión social y económica (Paris, 2004). Además, los criterios utilizados tradicionalmente para evaluar el éxito de las experiencias de *peacebuilding* son atractivas, pero apenas muestran hasta qué punto la población experimenta cambios significativos en sus vidas (Richmond, 2006; McGinty, 2010). Éstas se centran en *power-sharing* y *peacekeeping*, evaluando muy rara vez hasta qué punto se han cumplido las disposiciones de los acuerdos de paz. Así, un desafío importante es ir más allá de la firma de un acuerdo y de lograr una paz negativa, prestando atención a la paz positiva y entendiendo, por tanto, que un proceso exitoso de *peacebuilding* debe contemplar reformas institucionales dirigidas a las causas de la violencia cultural y estructural que originan injusticia social. Más allá de considerar que una paz de calidad se limita a las acciones gubernamentales, y siendo conscientes de lo difícil de definir lo que es una paz de calidad, incluso en sociedades que no han sufrido recientemente un conflicto armado, podemos centrarnos en si se han conseguido o no los objetivos del acuerdo de paz, como sugieren Joshi y Wallensteen (2018) y como apuntalan Darby y Mac Ginty (2008) cuando afirman que la noción *proceso de paz exitoso* debería incluir todos los asuntos y actores de relevancia implicados, evaluando hasta qué punto se han respetado sus objetivos sociales, políticos y económicos una vez que han renunciado a la lucha armada. Por ejemplo, en Camboya, tras los acuerdos de París de 1991, la inseguridad y la violencia política continuaron, estableciéndose un escenario dominado por un solo partido que fue consolidando redes de patronazgo; donde la independencia de la sociedad civil estaba fuertemente condicionada desde el exterior; y donde el Tribunal para la Reconciliación Nacional fracasó en sus objetivos básicos. No obstante, el crecimiento económico del país ha sido notable, ha habido importantes reformas legales y la reconstrucción material ha sido un éxito debido en gran parte a la buena política llevada a cabo con países donantes. El Salvador, Irlanda del Norte o Mozambique también muestran resultados mixtos. Es el mismo caso que encontramos en los Balcanes.

Yugoslavia se situaba a finales de los años ochenta del siglo XX en un nivel medio de desarrollo en el panorama internacional: en la clasificación del Banco Mundial aparecía en 1986 en la posición 36ª, con un PIB por habitante de 2.300 dólares y una tasa de crecimiento anual entre 1965 y 1986 del 3,9%. En ese grupo de desarrollo medio se encontraba España, en la posición 28ª con 4.860 dólares y un crecimiento medio anual del 2,9%. En los últimos años, el crecimiento de la región

ha sido relativamente importante, pero en la mayoría de los países sigue siendo frágil y desigual. Los resultados más preocupantes están localizados en las altas tasas de paro y los elevados desequilibrios exteriores, que muestran las importantes dificultades económicas que afronta la región y por qué el logro de cierta estabilidad monetaria no puede identificarse con estabilidad macroeconómica. La reestructuración económica pendiente no permite ningún optimismo sobre la disminución del paro a corto plazo. El desempleo afecta especialmente a los jóvenes y a las minorías nacionales, originando la eclosión de economías sumergidas y mafias, siendo su efecto combinado un obstáculo para la continuidad de las reformas.

Cuando las condiciones políticas de un país son inestables, la economía pasa a un segundo plano, tanto en su acepción de sistema que facilita que determinada sociedad intente resolver sus principales necesidades y conflictos económicos como en lo que tiene de ciencia social y herramienta de análisis de la realidad económica. El hecho es que cuando la inestabilidad alcanza un nivel de gran intensidad o se da un conflicto estructural abierto (guerra civil, guerra entre repúblicas e intervención exterior, como en la antigua Yugoslavia), la economía queda completamente subordinada a la lógica del conflicto y a los intereses que predominan en él. En el caso de los Balcanes, los conflictos armados de los 90 tuvieron lugar justo después de terminar la Guerra Fría, en un momento de expansión económica de un capitalismo liberal triunfante, que trataba de universalizar términos como *nuevo orden mundial* y *fin de la historia*. La crisis del comunismo, combinada con la guerra, dejaba los nuevos países postyugoslavos sumidos en una gran devastación moral y material. No obstante, esa sensación convivía con la expectativa e ilusión que le prometía la llegada del capitalismo liberal, que mediante la presencia de entidades como el Washington Crisis Group, prometía una nueva era de prosperidad. Básicamente, los asesores, inversores y políticos occidentales que desembarcaron en los Balcanes explicaban que el régimen socialista había sido la causa de la crisis, el empobrecimiento y la destrucción de Yugoslavia, que los nuevos países florecerían en poco tiempo al aplicar las mismas políticas que enriquecieron a Alemania, Francia, Italia o Gran Bretaña, quienes habían afrontado una reconstrucción postbélica similar hacia menos de medio siglo. Treinta años después, la realidad de los Balcanes muestra democracias liberales consolidadas, pero también economías estancadas, deudas externas astronómicas, corrupción galopante, destrucción del tejido productivo, emigración masiva de la juventud y bajos salarios. De hecho, el nivel de vida en todos los países implicados es ahora peor que en la Yugoslavia de los años 60, 70 y 80. ¿Es sólo cuestión de seguir pidiendo paciencia a los países balcánicos, sumidos en un interminable viaje por las *vías de desarrollo* hacia la arcadia capitalista que representan EEUU o la UE? Si bien el capitalismo ha multiplicado el PIB mundial por 3,5 en treinta años, millones de personas han salido de la pobreza, y la desigualdad entre países es hoy menor que antes, también es cierto que la desigualdad ha ido en

aumento en el interior de los países, incluso en el norte capitalista. La verdad es que cuesta mucho imaginar resortes, palancas o mecanismos que vayan llevando las economías globales hacia un equilibrio más equitativo. Las empresas se concentran y la competencia se reduce. Las brechas se ensanchan. La atmósfera social indica bien a las claras que ese tipo de prosperidad no es el fundamento de la paz. La experiencia de estos casos demuestra que la paz no se obtiene tomando la simple persecución de la prosperidad material como guía de conducta, pues los hechos lo desmienten: el empobrecimiento balcánico demuestra que hay que ir mucho más allá de la mera aplicación de recetas neoliberales. Más bien, su experiencia indica que son necesarias políticas inclusivas, tributarias y de redistribución de la riqueza que permitan corregir la exclusión social y la pobreza estructural; mecanismos de rendición de cuentas, pues si no se solucionan los problemas de corrupción, el saqueo de una Hacienda pública en precariedad perpetua genera Estados estructuralmente débiles y hunde la legitimidad y la confianza en las instituciones; y por último políticas educativas y de investigación en sectores estratégicos bien financiadas y orientadas. Esto último es lo que ha hecho posible que Estados Taiwan o Corea del Sur, devastados por la guerra, llenos de analfabetos y sin recursos naturales en 1945, hayan pasado de estar muy por debajo de los países de, por ejemplo, América Latina a disfrutar de unos niveles de bienestar, productividad y competitividad equivalentes a los países más avanzados de la Unión Europea en apenas unas décadas. (Oppenheimer, 2010 y 2014). Buena muestra de su pujanza son multinacionales como Acer, BenQ, KIA, LG, Hyundai o Samsung. Ni lo coreanos ni los finlandeses están mejor dotados que los balcánicos. Se trata en gran medida de decisiones de sus élites, que en unos casos han optado por retener cuanta riqueza sea posible, a costa de excluir a una masas de población empobrecida; o de redistribuir riqueza y ofrecer oportunidades de modo que el conjunto del país se beneficie de los recursos materiales disponibles, pueda desarrollar su potencial y cree entornos seguros y prósperos para todos. Este momento de transición ofrece a los Balcanes una gran oportunidad de redefinir su modelo productivo y educativo para superar el estancamiento en que puede sumirla la aplicación de un liberalismo capitalista sin un proyecto claro de país.

8. EL DESACERTADO E INCOHERENTE INTERVENCIONISMO OCCIDENTAL

Los Balcanes pueden ser el último lugar donde aún prevalece la actitud colonialista de Occidente. Esta arranca a finales del siglo XIX y llega hasta la actualidad. Así, el premier británico Benjamin Disraeli cuestionó el derecho de los pueblos balcánicos a tener revoluciones como las que se sucedían entonces en Europa en el Congreso de Berlín de 1878; cuando las potencias continentales sancionaron la anexión de BiH por Austro-Hungría en 1908; cuando se generalizó una narrativa

que hacía recaer sobre Serbia la responsabilidad por la Primera Guerra Mundial, y hasta la década de los 90 y la frase *tenemos que hacer algo* en la crisis de la antigua Yugoslavia. Se ha terminado por normalizar una lógica por la que las grandes potencias deben resolver las cosas en los Balcanes, ya que estima que sus pueblos son pequeños, incapaces y brutales, lo que se combina con una especie de *síndrome del salvador blanco* aún vigente en los territorios de la antigua Yugoslavia. Por ello, se ha consolidado en el último siglo y medio un juego geopolítico entre un Occidente intervencionista y paternalista y unas naciones balcánicas que han aprendido a instrumentalizar las injerencias extranjeras en su propio beneficio (Veiga, 2001). Por otra parte, Occidente ha gastado enormes sumas en proyectos de paz y desarrollo que en su mayoría han terminado en los bolsillos de los funcionarios y militares occidentales destinados en la región, cuando no en empresas y en ONGs también occidentales, las segundas generalmente viviendo de mantener una constante percepción de crisis para poder así seguir recibiendo dinero.

Mientras que Occidente afirma que los criterios clave para la integración en la UE son el respeto de los derechos humanos, civiles y de las minorías, la existencia de elecciones libres, la democracia y las instituciones independientes, la integridad territorial de los Estados (véase la posición de la UE sobre el Dombás, Crimea o Georgia), en los Balcanes hace exactamente lo contrario, sobre todo cuando se trata de la nación serbia.

Croacia y Eslovenia, miembros de la Unión Europea, llevan décadas discriminando a los serbios que viven en sus países. Si bien los serbios son la minoría nacional más numerosa en Eslovenia, las autoridades no les reconocen ningún estatus particular. En Croacia, miembro de la UE desde 2013, existe la ya mencionada presencia y aceptación social del fascismo; la negación y minimización de los crímenes y el genocidio contra los serbios en la Segunda Guerra Mundial; y las trabas al regreso de los más de 200,000 serbios expulsados de Croacia en la Operación Oluja de 1995, que supuso una limpieza étnica por la que apenas hubo condenas y sí mucho silencio mediático. Asimismo, los tribunales e instituciones croatas no cumplen sus propias leyes, que establecen que el alfabeto cirílico, el utilizado por los serbios, debería usarse donde haya más de un tercio de habitantes de esa identidad nacional. Además, el informe del Defensor del Pueblo de Croacia del año 2020, afirmó en su apartado sobre delitos de odio que la mitad de sus víctimas son en su mayoría serbios. Además, con frecuencia se dan hechos como la aparición de esvásticas en los colegios donde van los niños serbios y el que se escuchen canciones fascistas en encuentros deportivos nacionales de fútbol y baloncesto, algo que incluso ha sucedido en ceremonias oficiales. Sin embargo, no se encuentran reacciones al respecto por parte de Bruselas, de la prensa liberal europea o de las organizaciones defensoras de los derechos humanos.

En BiH, Occidente lleva desde 1995 imponiendo un Estado unitario, de modo que más de 60 competencias establecidas a nivel de entidad en los Acuerdos de Dayton fueron transferidas a nivel federal, en contra de la voluntad del pueblo de la RS y/o la Federación de BiH. A los serbios de la RS se les impele a aceptar a BiH como su país, pero, como hemos visto, es mucho pedir cuando desde las propias instituciones de BiH se les señala continuamente como agresores genocidas ni hay monumentos ni reconocimiento alguno a las víctimas serbias en la guerra.

Sarajevo sufrió un terrible asedio durante los cuatro años de conflicto armado. De sus 530.000 habitantes de antes de la guerra, el 30% eran serbios y el 10% se declaraban yugoslavos –la mayoría de ellos de origen serbio–. En la actualidad, las estimaciones oficiales de BiH señalan que en la actualidad sólo viven 40.000 serbios en Sarajevo. En tal caso, ¿dónde desaparecieron 110.000 serbios? ¿simplemente se marcharon y abandonaron sus propiedades? Su más que probable expulsión por diversos mecanismos es algo que nunca se menciona en Occidente (Dinić, 2021).

En Montenegro, Milo Đukanović ha estado en el poder entre 1991 y 2023, rotando entre varios cargos, más que Putin en Rusia o Lukashenko en Bielorrusia. Estuvo aliado con Slobodan Milošević en la década de los 90, en la que pasó de yugoslavo declarado y alto cargo del Partido Comunista a nacionalista serbio. Finalmente, desde 2000 impulsó un proyecto nacionalista montenegrino en el que se inventaron nuevas letras del alfabeto para afirmar la existencia de una lengua propia, se promovió una nueva cultura nacional y se redujeron los derechos de los serbo-montenegrinos, todo ello en un proceso en el que se independizó de Serbia en un discutible referéndum –en el que contó con el apoyo de EEUU y la UE– y se adhirió a la OTAN, en este caso sin consulta alguna a la ciudadanía. Por otra parte, las evidencias presentadas por informes como los de Human Rights Watch y otras similares sobre el nivel de corrupción en Montenegro nunca han producido reacción alguna por parte de la UE, que sí considera un problema cuando los partidos serbios de Montenegro tienen la posibilidad de entrar en el Gobierno debido al supuesto peligro que suponen de influencia prorrusa. Esos mismos serbios, que representan aproximadamente el 35% de la población, no han tenido participación alguna en el poder hasta las elecciones de 2021, en las que precisamente perdió por primera vez en DPSM el partido de Đukanović en las elecciones para Primer ministro, si bien Đukanović continuaría como presidente hasta mayo de 2023, fecha en que fue también derrotado en los comicios por la presidencia. Por su parte, y en aparente contradicción con lo anterior, en Macedonia del Norte, país que se ha esforzado por cumplir las exigencias de Washington y Bruselas para integrarse respectivamente en la OTAN y la UE, tras el levantamiento armado de los albaneses en 2001, el país fue dividido de hecho en una parte albanesa y otra macedonia, teniendo los albaneses garantizada la mitad del poder en el país por el Acuerdo de Ohrid –fruto precisa-

mente de la intervención occidental–, aunque los albaneses suponen solo alrededor del 25% de la población.

Además, Macedonia se vio obligada a cambiar su nombre a Macedonia del Norte para solucionar su disputa con Grecia, que vetaba su entrada en la UE por considerar que la denominación Macedonia correspondía a una región griega. Tras casi tres décadas sin nombre oficial alguno –era denominada Antigua República Yugoslavia de Macedonia (FYROM)–, ahora debe reescribir la interpretación de su propia historia para complacer a Bulgaria y no ser bloqueada indefinidamente otra vez en su largo camino de promesas de estar *a un paso* de la integración de la UE.

No obstante, el caso más polémico respecto a la política occidental en los Balcanes es Kosovo. Si los albanokosovares no quieren vivir bajo la autoridad de Belgrado, motivo por el cual libraron una guerra y declararon su independencia de facto en 2008, ¿por qué a los serbios de Kosovo –los 170.000 que quedan (y los más de 250.000 expulsados desde el desembarco de la OTAN en 1999)– se les obliga a vivir bajo un nuevo Estado albanés gobernado por los líderes del ELK, movimiento que estuvo durante años en los listados de organizaciones terroristas de EEUU? Además, ¿por qué se exige que Serbia reconozca la secesión de esa parte de su territorio como condición para ser miembro de la Unión Europea? ¿Por qué no se sigue el mismo criterio a la hora de aceptar que Crimea, el Dombás, Abjasia y Osetia del Sur se independicen de sus respectivos países, sino que en esos casos se afirma que la integridad territorial de los Estados es incuestionable? Todo ello por no mencionar la pregunta de por qué Occidente respetó el derecho a la autodeterminación de eslovenos, croatas, bosníacos, macedonios, montenegrinos y albaneses pasando por encima de las fronteras de Yugoslavia, pero el mismo derecho se niega permanentemente a los serbios, incluso en Kosovo, que según la Resolución 1244 de la ONU todavía es formalmente parte de Serbia.

Cabe además recordar que cuando las autoridades de Serbia y las autoridades albanokosovares estuvieron a punto de alcanzar un acuerdo sobre el intercambio de territorios para finalmente abrir el camino a una solución en 2020, Berlín y Washington, a miles de kilómetros de los Balcanes, vetaron la iniciativa, que se abandonó solo por no ser aceptable para Occidente, que parece decidir en la región como si se tratara de sus propios pueblos y países.

En la práctica, da la impresión de que el criterio es que dondequiera que los serbios sean mayoría, eso supone un problema; pero cuando son una minoría marginada, se acepta acriticamente. La idea de fondo, nunca oficialmente declarada, parece ser que lo serbio es nacionalista y lo croata, bosníaco, albanés y montenegrino es multicultural. Esta circunstancia, unida al aplazamiento permanente de la integración serbia en la UE ha llevado a un progresivo desencanto y rechazo a Bruselas que explica en gran medida el que Belgrado se haya ido acercando a Rusia

y China así la UE sea su principal socio comercial; el inglés la lengua extranjera más hablada; los destinos migratorios y turísticos occidentales los más apetecidos; y la música, cine y cultura occidentales los más presente en el país (Ruiz Jiménez y Moreno Mercado, 2021).

Occidente en general y la UE en particular también han mostrado una actitud hipócrita en su proceder respecto a la política interior en los países balcánicos. En Serbia, Los funcionarios occidentales ignoraron tanto el comportamiento autocrático tanto de Boris Tadić y su Partido Demócrata, en el poder entre 2008 y 2012, como las tendencias autocráticas mostradas por Aleksandar Vučić, el gran dominador de la escena política serbia actual. Su monopolización personal y partidista de las instituciones estatales, la asfixia de los medios de comunicación, el colapso de los procesos democráticos, el atropello de las libertades civiles y políticas que tuvo lugar durante la pandemia de COVID19, sus alianzas con multinacionales para actuar en Serbia pasando por encima de la voluntad popular y las normas de protección del medio ambiente –caso de los contratos del Estado con la minera Río Tinto–, han producido una enorme decepción respecto a las expectativas ciudadanas habidas tras la caída de Milošević y cierta resignación a que el nepotismo y la corrupción sean moneda corriente en las instituciones. ¿A qué se debe este silencio de Occidente? Sobre todo porque se piensa que ignorar la corrupción interna y las violaciones de los derechos democráticos y libertades en Serbia ayuda a ganarse a un líder serbio que ceda respecto a la independencia de Kosovo y a la reducción el estatus garantizado a la República Srpska en los Acuerdos de Dayton.

El panorama actual muestra que a diferencia de Eslovenia y Croacia, miembros de la Unión Europea desde 2004 y 2013 respectivamente, el resto de países de la antigua Yugoslavia no solo no están cerca de la adhesión, sino que la ven cada vez más lejos, especialmente tras el Brexit y el nuevo rumbo dentro de la UE establecido por Francia, que aboga por un cambio de criterios que endurece enormemente las condiciones de admisión.

Por último, señalar que quienes han seguido las declaraciones y los textos de analistas, periodistas, profesores, políticos de alto, medio y bajo rango, subsecretarios estadounidenses para los Balcanes, ONGs, burócratas de Bruselas, y toda suerte de expertos autoproclamados de Occidente, sobre el modo de resolver las situaciones en los Balcanes, saben que no tienen los conocimientos suficientes o tienen demasiados intereses personales para poder hablar objetivamente sobre la región (Dinić, 2021).

9. CONCLUSIONES

Un acuerdo de paz siempre brinda la oportunidad de reiniciar el marco de las relaciones de poder y las alternativas que contemplan las partes antes implicadas

en un conflicto armado. Sin embargo la experiencia demuestra que la firma de acuerdos no impide que con frecuencia los conflictos armados reverdezcan tiempo después, de modo que es fundamental que aquellos se apliquen de forma inteligente, constructiva y comprometida. Por ejemplo, no deben verse como rígidos contratos a cumplir, sino como una primera e imperfecta etapa que alimente un tipo de paz capaz de crear oportunidades e incentivos, transformando los grupos armados en políticos. A menudo, la clave está en la evolución interna de los actores implicados, y en su capacidad para crear y aplicar políticas efectivas de verdad, justicia y reparación, así como de superar narrativas impuestas por uno de los bandos, u otras irrealísticamente consensuales, para reconocer en su lugar tanto las narrativas propias como las ajenas, posibilitando así rehumanizar –frente a deshumanizar– al antiguo adversario. De tal evolución depende gran parte del éxito de un proceso, por lo que unas medidas de desmilitarización material y mental, con incentivos y oportunidades para favorecer las estrategias políticas, son la clave para reforzar a los partidarios de estrategias democráticas inclusivas, honestas y solidarias.

La calidad de la paz depende en gran medida de hasta qué punto los acuerdos se implementen, así como de la aplicación efectiva de mecanismos de resolución no violenta y del espacio social de que puedan disfrutar los actores civiles y políticos. Hay varias dimensiones que son tanto teórica como empíricamente necesarias para que haya una paz de calidad en una sociedad en la que se negocia finalizar un conflicto mediante unos acuerdos de paz –caso tanto de Balcanes entre 1992 y 1999–. En primer lugar, es necesario establecer las condiciones del nuevo orden. En el ámbito político, éstas deben ofrecer garantías de seguridad, establecer mecanismos de resolución de disputas relacionadas con el acceso al poder y los recursos, y generar espacios de rendición de cuentas del gobierno ante la sociedad civil. En el ámbito socio-económico, deben promocionar la reconciliación, abrir oportunidades económicas para los segmentos más vulnerables y marginados de la población, y proveer a la ciudadanía de los bienes y servicios necesarios.

En el caso balcánico, cabe añadir que el epílogo de las actuaciones de Occidente en la antigua Yugoslavia es que hoy hay mucha menos confianza que nunca en él, que las expectativas son bajas y el nivel de decepción muy elevado, por lo que sobre todo Serbia se ha acercado en los últimos años a Rusia y China. Dado que en la UE ya no hay voluntad alguna por realizar una nueva ampliación, es hora de que Occidente sea honesto y que, si ya no tiene la zanahoria de la posible adhesión a la UE, al menos deseche el palo y respete en los Balcanes los mismos principios que fomenta en su casa: derechos humanos, civiles y de las minorías iguales para todos y respeto por la libre voluntad de los pueblos. Es hora de que, al menos en la parte de los Balcanes que todavía no está en la UE, se deje que los pueblos que viven allí se pongan de acuerdo sobre cómo ven su futuro, y no que se mantenga, en aras de una corrección política y unos *valores europeos* en los que ya ni en la UE parecen creer, una serie de

arreglos económicos, políticos y sociales poco realistas que más bien perpetúan los conflictos, cuando no suponen la semilla para otros nuevos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Amnistía Internacional (2017) 'We need support, not pity'. Last chance for justice for Bosnia's war time rape survivors. Informe EUR 63/6679/2017. <https://www.amnesty.org/en/documents/eur63/6679/2017/en/>
- Baquero Díaz, Manuel (2023) *Iniciativas por la búsqueda de la reconciliación interétnica tras el conflicto balcánico en el marco del peacebuilding*. Trabajo de Fin de Máster, Universidad de Granada.
- Brkanić, Džana (2016) Bosnian War Memorials Become Political Battleground. *Balkan Transitional Justice*, 8 de agosto.
- Corazón Rural, Álvaro y Arsić, Jelena (2017) Zoran Moka Slavnic (entrevista a), *Jot Down*, 21, pp. 15-21.
- Darby, John y Mac Ginty, Roger (Eds.) (2008) *Contemporary peacemaking. Conflict, peace processes and post-war reconstruction*, Segunda Edición, Londres, Palgrave-Mcmillan.
- Dinić, Milan (2021) Balcanes (in)estables. Es hora de que Occidente se enfrente a su pasado, *Diario 16*, 27 de noviembre.
- Doyle, Michael W. Y Sambanis, Nicholas (2000) International Peacebuilding: A theoretical and quantitative analysis, *American Political Science Review*, 94 (4), pp. 779-801.
- Dragojlo, Saša (2016) Serbia Builds 235 Apartments for War Refugees. *Balkan Insight*, 9 de septiembre.
- Džindić, Denis (2013) Balkan States Urged to Promote Non-Divisive Memorials, *Balkan Transitional Justice*, 21 de marzo.
- Džindić, Denis (2015) Distorted Remembrance Culture 'Traps Bosnia in Past', *Balkan Transitional Justice*, 12 de octubre.
- Fischer, Martina y Petrović-Ziemer, Ljubinka (2013) Dealing with the past in the Western Balkans. Initiatives for peace-building and transitional justice in Bosnia-Herzegovina, Serbia and Croatia, *Belghof Report*, 18, pp. 10-32.
- Gjinovci, Ron (2016) Balkan Schoolbooks Offer Conflicting Versions of Kosovo's History, *Balkan Insight*, 18 de diciembre.
- Haxhijaj, Serbeze (2018) Kosovo War Rape Victim Registration Process Falters, *Balkan Transitional Justice*, 12 de enero.
- Höglund, Christine (2008) *Peace negotiations in the shadow of violence*, Leiden, Martinus Nijhoff.
- Höglund, Christine y Kövacs, Mimmi Söderberg (2010) Beyond the absence of war: the Diversity of peace in post-settlement societies, *Review of International Studies*, 36 (2), pp. 367-390.
- Hobsbawm, Eric J. (1995) *Historia del siglo XX*. Barcelona, Crítica.

- Huet, Gregoire (2018) Balkan States 'Expected to Sign Truth Commission Agreement', *Balkan Transitional Justice*, 29 de junio.
- Joshi, Madhav, Post-civil war democratization: Promotion of Democracy in post civil war states, *Democratization*, 17 (5), 826-855.
- Joshi, Madhav y Queen, Michael (2015) Is the sum greater than the parts? The terms of intrastate peace agreements and the commitment program revisited, *Negotiation Journal*, 31(1), pp. 7-30.
- Joshi, Madhav y Wallensteen, Peter (2018) *Understanding Quality Peace. Peacebuilding after Civil War*, Londres y Nueva York, Routledge.
- Jukić, Elvira (2012) Dispute Over Visegrad's War Victims Memorial, *Balkan Transitional Justice*, 6 de junio.
- Jukić, Elvira (2013) Balkans Gripped by Chaotic Monument-Building Boom. *Balkan Transitional Justice*, 25 de junio.
- Karić, Tijana; Mihić, Vladimir y Ruiz Jiménez, José Ángel (2018) Stereotypes in young Serbs about Croats and Bosniaks provoked by collective memory stimuli. *Applied Psychology*, 10(4), pp. 437-462.
- Lakić, Mladen (2017) Bosnia 'Still Struggling' to Resolve Refugee Problem, *Balkan Insight*, 27 de diciembre.
- Lakić, Mladen (2018) Bosnian Serbs Shift Tuzla Commemoration in Memorial Row, *Balkan Insight*, 18 de Mayo.
- Lee, Sung Yong, Mc Ginty, Roger y Joshi, Madhav (2016) Social Peace vs Security Peace, *Global Governance: A review of Multilateralism and International Organizations*, 22(4), pp. 491-512.
- Markovina, Dragan (2014) *Između crvenog i crnog: Split i Mostar u kulturi sjećanja Between Red and Black: Split and Mostar in Memory Culture*, Zagreb-Sarajevo, Plejada i University press.
- Milekić, Sven (2017) Partisans' Necropolis in Bosnia's Mostar Left to Rot, *Balkan Insight*, junio de 2017.
- Minnow, Martha (1998) *Between Vengeance and forgiveness. Facing history After Genocide and Mass Violence*, Boston, Beacon Press.
- Morfakidis Motos, Dimitrios Miguel y Ruiz Jiménez, José Ángel (eds.) (2017) *Balcanes, procesos históricos y desafíos actuales*, Granada, Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas.
- Morina, Die (2016) Serb Victims' Memorial Vandalised in Kosovo, *Balkan Insight*, 2 de septiembre.
- Museo de Historia Nacional de la República Srpska (2012) *Историја војске Републике Српске у дефензивно-патриотичка рату од 1992 до 1995 године*, Banja Luka, MHN.
- Nowak, Manfred (2000) Lessons for the Internacional Human Rights Regime from the Yugoslav Experience, en *Collected Courses of the Academy of European Law*, Vol VII, Libro II, La Haya, Kluwer Law Internacional.
- Oppenheimer, Andrés (2010) *¡Basta de Historias! La Obsesión Latinoamericana con el Pasado y las 12 Claves del Futuro*, Madrid, Debate.

- Oppenheimer, Andrés (2014) *Crear o morir. La esperanza de Latinoamérica y los cinco secretos de la innovación*, Madrid, Debate.
- Paris, Roland (2004) *At war's end: building Peace after civil conflict*, Cambridge, CUP.
- Pavelić, Boris (2012) Croatian War Victims Plaque Stir Controversy, *Balkan Transitional Justice*, 20 de Julio.
- Pavelić, Boris (2013a) Croatia Monument to Serb War Victims Vandalised, *Balkan Transitional Justice*, 16 de Septiembre.
- Pavelić, Boris (2013b) Vandals Deface Croatian War Victims' Memorial, *Balkan Transitional Justice*, 19 de febrero.
- Pavlaković, Vjerran; Brentin, Dario; Pauković, Davor y Dario, Brentin (2018) The Controversial Commemoration: Transnational Approaches to Remembering Bleiburg, *Croatian Political Science Review*, 55(2), pp. 7-32.
- Ristić, Marija, Nikolić, Ivana y Milekić, Sven (2015) Operation Storm: Croatia's Triumph, Serbia's Grief", *Balkan Transitional Justice*, 3 de agosto.
- Rodríguez Andreu, Miguel (2017) Unión Europea: no aprendimos nada de Yugoslavia, *Esglobal*, 16 de marzo.
- Rose, Elenaor (2017) Bosnia Accused of Failing Wartime Rape Victims, *Balkan Transitional Justice*, 13 de marzo.
- Ruiz Jiménez, José Ángel (2010) *Balcanes, la herida abierta de Europa. Conflicto y reconstrucción de la convivencia*, Madrid, Plaza y Valdés.
- Ruiz Jiménez, José Ángel (2013) Las sombras de la barbarie. La confrontación de las memorias colectivas en los países ex-yugoslavos, *Balkania*, 3, pp. 118–141.
- Ruiz Jiménez, José Ángel (2016) *Y llegó la Barbarie. Nacionalismo y juegos de poder en la destrucción de Yugoslavia*, Barcelona, Ariel.
- Ruiz Jiménez, José Ángel y Moreno Mercado, José Manuel (2021) La posible adhesión de Serbia a la Unión Europea: Balance del discurso mediático en España. *Revista de Estudios Europeos*, 77, pp. 49-68,
- Ruiz Jiménez, José Ángel (2021) La condena a Ratko Mladic y la interminable pacificación de los Balcanes, *Diario 16*, 12 de junio.
- Ruiz Jiménez, José Ángel (2022) Sociedad civil e iniciativas de paz en los Balcanes (1991-2022). De los conflictos armados a la difícil construcción de nuevas democracias, *Revista de Paz y Conflictos*, 14(3), pendiente de publicación.
- Steadman, Stephen John (1997) Spoiler problems in peace processes, *International Security*, 22(2), pp. 5-53.
- Toe, Rodolfo (2016) Bosnia MPs Try to Change Mostar's Ustasa Street Names, *Balkan Transitional Justice*, 23 de junio.
- Veiga, Francisco (2001) *La Trampa balcánica*, Barcelona, Grijalbo.